

Sobre Gustavo Bueno y el «equipo» de Filosofía de Oviedo

En el número 650 de TRIUNFO, F. Savater —siempre tan desmesurado—, en su «Respuesta a Gustavo Bueno», procedía a contagiarnos en su polémica a todos los miembros del departamento de Filosofía de Oviedo, entre los que me

En concreto, nos disfrazaba a todos con boina de provincia y calcetines de futbolista de regional. Y aunque ciertamente alguno de nosotros usa (moderadamente) la boina (no precisamente G. Bueno), aunque otros usamos calcetines (pero tampoco exactamente de futbolista) y aunque formamos, en efecto, un equipo (que, si bien regional, esperamos que sea de primera división), nos halagaron más bien poco aquellos atuendos.

F. Savater quería suponer que G. Bueno pontificaba, y que su entorno —nosotros— no le teníamos acostumbrado a la crítica. Pero eso es, naturalmente, mucho suponer. Porque F. Savater no ha asistido nunca a nuestras interminables discusiones de seminario.

A causa de estas discusiones, G. Bueno —que, lejos de ser un pontífice, es un pensador honesto y riguroso— ha postergado la publicación, entre otras cosas, de una teoría de teorías sobre la dialéctica, de una teoría sobre los intelectuales y de una copiosa especulación sobre la causalidad, que tenía, realmente, terminadas.

Se me podrá objetar que F. Savater no tiene ninguna obligación de conocer los pormenores de nuestro modo de trabajar. Lo que él, y otros, conocen es sólo lo que se hace manifiesto: nuestra adhesión incondicional al materialismo filosófico, a la dialéctica materialista, a la acepción académica de la Filosofía, al concepto de «implantación política» de la misma, etcétera...

Defendemos la «doctrina» de G. Bueno como si fuera nuestra y adoptamos en su defensa un tono dogmático que parece indicar la inexistencia de todo distanciamiento crítico respecto a ella.

El propio Bueno, con su actitud permanentemente combativa —alguien lo llamó alguna vez «mago de tempestades»—, irrumpiría en público cada vez (y no sólo en Madrid, sino en todas partes) como quien quiere, dogmáticamente, «meter el gol». Con relación a esas irrupciones en público, Savater mismo deberá, por otra parte, reconocer que ese «Paco Martínez Sorria de la Filosofía española» tiene una gran capacidad de convocatoria, y que su auditorio en Madrid es precisamente uno de los más entusiastas (y hasta fervorosos), sea cuales fueren las razones de ese entusiasmo.

Pues bien, la descripción de Savater es, hasta cierto punto, fiel. Es la descripción de una realidad en el plano de las apariencias. Pero esas apariencias no deberían empañar la lucidez de F. Savater.

Cuando se ha hecho —como es nuestro caso— la crítica a la conciencia individual y al trabajo individualista (léase «competitivo» y «concebido *ad maiorem gloriam ipsius*») y se ha llegado a la evidencia de que puesto que la subjetividad es ella misma un engaño, debe ser —como apariencia— superada; cuando se ha llegado al convencimiento de que el yo es una multitud, porque dentro de cada ego están, necesariamente contenidos, otros egos (tal es la enseñanza de una larga tradición de pensamiento, desde, por ejemplo, Leibniz a Marx, Nietzsche o Freud), entonces carece de sentido, con respecto a las ideas del patrimonio común, los con-

ceptos de «tuyo» y «mío».

Hemos asumido colectivamente un programa, y colectivamente (puesto que también nuestro trabajo «en soledad» tiene presentes a los demás) lo corregimos y enmendamos. De las ideas de Bueno no es él el único responsable. Pero tampoco es él el único responsable de las nuestras. Podemos distanciarlos, y nos distanciamos de hecho, de la subjetividad de nuestro maestro. Pero las ideas que él expone no pertenecen a su subjetividad privada, sino, cuanto menos, a la de once personas (como conviene, en rigor, a un «equipo» de competición). Nosotros pensamos, además, que esas ideas son «objetivas», y esta es otra de las «piedras de escándalo» de la filosofía que mantenemos.

Que nuestra crítica debería ser más implacable todavía..., que, sin duda, dista mucho de ser completa... Tal vez. Que Bueno no siempre se somete a ella sin resistencias (y los demás tampoco)... ¡Natural!

En cualquier caso, nuestro modo de concebir el trabajo no es algo vergonzante ni litúrgico (como podría deducirse de las insinuaciones de F. Savater, quien, con indudables ganas de hacernos perder el partido, nos cuelga un incensario —o un botafumeiro— y nos atribuye letanias). Tampoco es un modo insólito o inaudito de trabajar, puesto que en otros países hay equipos similares al de Oviedo. Y nuestro deseo de ganar es francamente deportivo, pues G. Bueno como delantero centro no suele tener de su parte a los árbitros del sistema.

Pero este modo de concebir el trabajo tiene la secuela inevitable —al menos cara al exterior— de un cierto dogmatismo. La defensa de nuestro programa va ligado al de una dialéctica no conciliadora, y al de una ontología materialista que se opone tanto a la metafísica como al nihilismo, tanto al positivismo como al materialismo grosero. La beligerancia es la condición

de supervivencia de esta filosofía nuestra, que siendo crítica encuentra su argumento principal en su antagonismo con las demás.

A diferencia del hegelianismo, la dialéctica materialista no entiende la contradicción en su versión conciliadora e integradora, sino en una acepción mucho menos confortable, según la cual los contrarios son incompatibles e irreducibles.

F. Savater, cuya filosofía no comparto, entre otras cosas, porque me parece inconsistente (su nihilismo se resuelve en una pedagogía y en una moral; su antisistemismo, en algo muy similar a un sistema; su pluralismo se traduce en un individualismo, su irracionalismo sólo puede ser expuesto en la forma del discurso racional, etcétera...), es, sin embargo, perfectamente consecuente con su pensamiento. Precisamente, lo que en él resulta más admirable (aparte de su extraordinaria pluma) es esa valiente y difícil fidelidad entre cuanto dice y cuanto hace. Pero una coherencia análoga es la que preside —y esto es lo que he tratado de demostrar— la conducta pública de los miembros del «equipo» de Oviedo. ■ PILLAR PALOP JONQUERES.

Respuesta a Pilar Palop

Sólo un par de observaciones para despedir, por mi parte, esta polémica, visto que entra en el aburrido terreno de las justificaciones personales.

La profesora Palop califica mi respuesta a Bueno de «desmesurada». Ello depende, naturalmente, de cuál sea la medida que uno emplee. No me importa que se me llame ignorante, pues todos los somos —yo más que otros—, y conviene que se nos recuerde. Pero se aluda de algún modo a manipulaciones en mi provecho de las críticas que hago en esta revista y no estoy dispuesto a tolerar que ningún saludador a sueldo del Estado me haga impunemente reflexiones éticas. La «des-

mesura» del cuadro que pinté no es más que la de la desfachatez de la pretensión moral de mi modelo.

O la profesora Palop expresa con poca fortuna las «evidencias» a las que ha llegado su equipo, o mis peores presagios sobre la incapacidad dialéctica del grupo se prueban generosamente. ¿No es pintoresco afirmar que la subjetividad es un engaño y debe ser superada, para luego proclamar ingenuamente que las ideas de Bueno son «objetivas»? Pues precisamente lo que la dialéctica muestra no es «engaño» alguno (ni la subjetividad es engaño ni un calcetín es homosexual), sino la necesidad racional de superar el plano del entendimiento donde se opone irreductiblemente lo subjetivo y lo objetivo. Quien se engaña es quien cree superar la subjetividad recurriendo a lo objetivo... Esta confusión lleva a hablar de «subjetividad privada», «la subjetividad de once personas» y otros barbarismos.

Si el afán competitivo es patrimonio del «individuo», no entiendo cómo en el párrafo siguiente el equipo es competitivo, tiene legítimo afán de ganar y se me recomienda a su delantero centro por su capacidad de convocatoria «*ad maiorem gloriam ipsius*». Es indudable que, como dice mi corresponsal, la dialéctica de la Escuela de Oviedo no ha conciliado la contradicción...

Para acabar, la descripción de mi «filosofía» (?) es un montaje de tópicos, no muy afortunado, según el cual se me pone un par de sellos —tú nihilista, y materialista, etcétera...— para que parezca que aquí todos jugamos a lo mismo. No, Pilar, no: ya hemos quedado en que yo no tengo equipo. Pero me divierte saber que no compartes mi «filosofía», «entre otras cosas, porque es inconsistente»: esa cláusula restrictiva, ¿muestra acaso que no basta con que una filosofía sea inconsistente para que le retires tu apoyo? ■ FERNANDO SAVATER.